

nos hubiera engañado, al prometer á su Iglesia mas de lo que podia darle? ¿Cómo han podido tragarse, permitásenos la espresion, tantas patrañas, admitir misterios desprovistos de toda garantía, y envilecerse hasta el punto de sofocar el grito de la razón y el de la naturaleza antes que someterse al yugo de la fé, de esa fé que Dios mismo nos presenta? Pues esto es precisamente lo que desde el siglo XVII principiaron á hacer algunos hombres acalorados, que estraviándose en el laberinto de sus investigaciones, minaron los cimientos del cristianismo y hasta de la moral.

Al frente de estos deben de colocarse los socinianos, cuyo patriarca, Fausto Socino, murió en 1604, y que algunos incrédulos modernos cuentan entre sus antecesores. Difundiéronse por la Polonia y la Transilvania, y cuando fueron espulsados del primero de estos puntos, se dispersaron por Alemania, Holanda, Inglaterra y en las comuniones separadas de la Iglesia romana, preparando con su audacia en atacar algunas de las verdades reveladas el camino á los que por último atacaron absolutamente toda revelacion. El italiano Vanini, el francés Teófilo, el inglés Hobbes y el judío Espinosa, se distinguen tristemente entre los escritores irreligiosos del siglo XVII; pero propiamente hablando, Bayle es el primer eslabon de la cadena de los detractores del cristianismo. Las impiedades socinianas, los estravíos de Hobbes y las blasfemias de Espinosa, abrieron la puerta á los sistemas irreligiosos. Las objeciones continuamente reiteradas de Bayle echaron el germen del pirronismo y la incredulidad: y otros escritores, educados en sus principios, tomaron á su cargo el desarrollar aquella funesta semilla, y señalaron los últimos años del siglo XVII con escritos temerarios, destinados á destruir nuestros dogmas, nuestros misterios y nuestro culto (1).

En Inglaterra, punto donde se dió la primera señal de esta guerra, cuyas sangrientas consecuencias tendremos que deplorar, Herbert, conde de Cherbury, redujo el deísmo á sistema, y se lisonjeó de haber restablecido la religion natural sobre las ruinas de la revela-

(1) Mem. para la Hist. ecles. del siglo XVIII. Introduccion, pág. XXVIII.

cion. El suicida Blount siguió las huellas de Herbert, y sus *Oráculos de la razon* fueron publicados por su amigo Gildon, digno editor de tan monstruosa obra. Locke fué uno de los precursores de los cristianos racionales, que en aquellos últimos tiempos dieron á la revelacion golpes tan rudos, y llevó su impiedad hasta lo sumo en su obra titulada *Cristianismo razonable*. En tanto que la escuela de Locke iba insinuando una doctrina no muy distante de la de los arrianos, otros escritores contemporáneos suyos, como, por ejemplo, Toland en su *Cristianismo sin misterios*, y Bury, autor del libro intitulado *El Evangelio desnudo*, se ocupaban en minar las bases de la Religion. Presentáronse pues sus enemigos divididos en dos campamentos: los unos, arrianos ó socinianos, negaban la divinidad de Jesucristo y el misterio de la Encarnacion; los otros, deístas declarados, daban al traste con todos los principios del cristianismo. El primer bando, en cuyas filas figuraban Clarke, Whiston, Whitby, Emlin, y Chubb, reunió á principios del siglo XVIII sus esfuerzos con los del otro partido, que contaba con Asgill, Coward, Shaftesbury, Collins, Tindal, y Woolston.

La singularidad del objeto y de la forma dió un momento de celebridad al extravagante libro de Asgill, intitulado *Argumento que prueba que con arreglo al contrato de vida eterna revelado en la Escritura, puede un hombre ser trasladado desde este suelo á la vida eterna sin pasar por la muerte*; pero esta obra, fruto del estravío de la imaginacion, fué condenada en 1703 á las llamas, y su autor espulsado de la cámara de los comunes de la que era individuo. En este mismo tiempo, el médico Coward se atrevió á sostener en sus *Nuevas reflexiones sobre la alma humana*, que el sentimiento de la espiritualidad é inmortalidad de nuestra alma, creencia tan universal y tan digna del hombre y de su autor, era una invencion gentilica, un manantial de absurdos, un insulto á la filosofia, á la razon y á la Religion; y mas tarde confirmó otra vez estas mismas sacrílegas opiniones en su *Ensayo* publicado en 1704. Estos dos libros, denunciados á la cámara de los comunes, fueron igualmente condenados al fuego; pero su autor pudo permanecer tranquilo por haberse manifestado dispuesto á la retractacion, y esta con-

descendencia dió lugar á que de nuevo dogmatizara en el mismo sentido. Era tal en Inglaterra la libertad de los escritos dirigidos contra los fundamentos de la revelacion, que en 29 de enero de 1710, la reina Ana encargó al clero anglicano tomase en consideracion el estado de la Religion. Shaftesbury, cuyos escritos han sido reunidos en tres volúmenes con el título de *Caracteristicos*, se presenta en ellos como enemigo de los dogmas generales del cristianismo. En dichos libros habla con desenfadada licencia del Nuevo y del Antiguo Testamento; pretende que el Evangelio ha sido alterado por el clero; que los milagros nada prueban y que á los magistrados toca arreglar el dogma; en su consecuencia no quiere mas que una Religion que esté sometida á las órdenes del Estado, y una revelacion entendida á su modo. Admite la indiferencia absoluta en materias de Religion, rechaza el dogma de la eternidad de las penas, con las armas del sofisma y la ironía, y aislando á la virtud de la Religion no la considera mas que como un sentimiento y un instinto. Collins principió en 1707 por un *Ensayo sobre el uso de la razon en las proposiciones cuya evidencia depende del testimonio humano*, en el cual trata de poner en oposicion la certeza que produce la revelacion con la evidencia que suministra la razon. En aquel mismo año tomó parte en la controversia entre Dodwel y Clarke acerca de la inmaterialidad é inmortalidad del alma, y combatió la inmortalidad natural del alma y su espiritualidad. Clarke, uno de los mas profundos metafísicos de su tiempo, le refutó; pero al mismo tiempo que defendia contra Collins los grandes principios de la ley natural y de la moral, comprometia uno de los mas importantes dogmas del cristianismo. Lo mismo que Whiston, ministro anglicano, que abrazó el arrianismo y atacó sin rodeos el dogma de la Trinidad, y cuyas obras condenó en 1714 el clero anglicano, Clarke atacó tambien el misterio de la Trinidad; dió señales de abjurar sus errores cuando se intentó contra él un procedimiento judicial; pero prosiguió, sin embargo, enseñando su errónea doctrina, y propagando el arrianismo juntamente con otros varios celosos unitarios, favoreció al partido que trabajaba en Inglaterra para derribar todo el edificio de la revelacion.

Collins, que tenia ideas tan inexactas acerca de la naturaleza del alma, no podia tener nociones exactas sobre la libertad del hombre, que segun él no consistia mas que en lo simplemente voluntario, no excluía de ella mas que la coaccion ó necesidad física, y le importaba muy poco que los hombres de buen criterio rechazaran el sistema de la necesidad moral que él proponia: Clarke se presentó tambien como adversario suyo en este terreno. Las miras hostiles de Collins contra la revelacion, aparecieron sin rebozo en su *Discurso sobre la libertad de pensar*, contra el cual se levantó el clero anglicano, hasta el punto que su temerario autor tuvo que retirarse á Holanda, en donde ya tenia relaciones con Juan Le Clerc y otros literatos y teólogos de aquel tiempo. Aquel famoso *Discurso*, compuesto con motivo de una sociedad de *libres pensadores*, que con pretexto de atacar la supersticion y el papismo, minaban en realidad los cimientos de la Religion, puso en evidencia las intenciones de envilecer el cristianismo, por mas que Collins aparentaba algunas veces hablar de él con respeto. Con toda mala fé supone en su discurso que los amigos de la revelacion se oponen á la libertad razonable de pensar; pretende convertir en prueba contra el cristianismo todo el mal que ha podido ser hecho por los cristianos, y que todo aquello que haya sido objeto de controversias, debe ser considerado como dudoso; de manera que toda la obra se reduce á estas dos proposiciones: nada debe admitirse sin exámen, y el exámen nada nos enseña de cierto. Además de Hoadley y de Bentley, que patentizaron sus errores y la infidelidad de sus citas, Collins se vió refutado en su misma patria por Whiston, el cual, aunque muy poco ortodoxo en muchos puntos, salió en defensa de la revelacion que él mismo habia combatido. Collins, impugnado por quienes no esperaba tener por adversarios, hizo imprimir en la Haya en 1714 una version francesa de su *Discurso*, en la que se encuentran algunas variaciones relativas á la infidelidad de las citas que Bentley le habia reprochado; pero de ningun modo descende á confesar sus errores: esta es probablemente la traduccion á que se refiere el decreto espedido en Roma con fecha de 7 de febrero de 1718, contra el *Discurso sobre la libertad de pensar*. En otro



los progresos de la incredulidad, Tindal publicó contra este escrito un folleto, en el que se atrevió á sostener que la necesidad de las acciones humanas es el fundamento único de toda religion. En sus dos manifiestos burlescos á los habitantes de Londres y Westminster, trató de ridiculizar al obispo anglicano Gibson, que habia escrito dos pastorales contra los libros irreligiosos. Pero la obra que metió mas ruido y ocasionó una polémica cuyo fin no llegó á ver, es la titulada *El Cristianismo tan antiguo como la creacion, ó El Evangelio, nueva publicacion de la ley de la naturaleza*, en cuyo libro reprodujo el sistema de Herbert. Aunque en muchos parages se ve en la necesidad de confesar los monstruosos errores y desaciertos en que han caido los hombres al tratar de los principios fundamentales de la ley natural, sostiene, sin embargo, que no ha habido una revelacion interior distinta de dicha ley natural, que sola la razon es suficiente para dirigirnos, y que la ley natural es clara, perfecta y acomodada á nuestras necesidades. Por otra parte, afirma que el interés personal debe ser la regla de nuestras acciones, y emite otras máximas no menos perjudiciales á la moral. Esto dió lugar á que Waterland, conocido ya por sus escritos contra el arrianismo, publicase su obra de la *Escritura vindicada*. A instancias del obispo de Londres, Conybeare, que despues fué obispo de Bristol, compuso su *Defensa de la religion revelada*. Jackson, Stebbing, Balguy, Foster, y Lélap, tomaron á su vez parte en la controversia contra Tindal. Por último era tal el vértigo de incredulidad que se apoderó de los ánimos en Inglaterra, que la autoridad se creyó obligada á tomar providencias para contener el progreso de esta epidemia. La depravacion de la capital habia ido en aumento, como en Paris, por las inmorales y desastrosas consecuencias del sistema de Blunt, ému'o de Law: para poderse entregar á un escandaloso agiotage, nadie se cuidaba, ni aun en las provincias, de dedicarse á los empleos ó profesiones útiles; y bajo la influencia de sus caudales improvisados, los nuevamente enriquecidos, entregándose al lujo, al libertinage y á todos los vicios, no se acordaban de la Religion más que para despreciarla, ni de las buenas costumbres mas que para infringir-

*Discurso*, publicado en 1724, sobre los fundamentos y razones de la Religion cristiana, Collins, como constante detractor del cristianismo, supone que Jesucristo y los Apóstoles establecieron esclusivamente las pruebas de la Religion en las profecias del Antiguo Testamento: despues afánase por demostrar que las profecias del Antiguo Testamento, citadas en el Nuevo, no son mas que tipos y alegorias, y que por consiguiente nada prueban, y en vista de esto deduce la consecuencia de que el cristianismo no tiene ninguna base sólida. Treinta y cinco escritos salieron á luz contra este libro. Los dos Chandler, Bullock, Sykes y Tomás Sherlock, lo combatieron: este último, por medio de seis discursos sobre el uso y fines de la profecia, demostró la hilacion de las profecias en las diversas épocas, y su encañamiento y sucesivo cumplimiento. Collins, sin hacer caso de las razones con que le relutaban, reprodujo en 1727 las mismas objeciones en su *Exámen del sistema de las profecias literales*, esforzándose particularmente en destruir la antigüedad y autoridad de los libros de Daniel, y esto dió motivo á una nueva réplica de Chandler. Al lado de Collins, cuyos escritos no han sido inútiles para los modernos incrédulos franceses, otros escritores aceleraban los progresos de la incredulidad en Inglaterra. Las *Cartas sobre diversos puntos de Religion*, de Juan Trenchard, están atestadas de temeraria critica. Este autor se habia asociado con el escocés Tomás Gordon, quien con objeto de popularizar la irreligion, daba á sus obras títulos que estuviesen al alcance de la ínfima plebe, como por ejemplo: *Cordial para las almas de baja esfera*, y *Los pilares de la supercheria clerical y de la ortodoxia derribados*. El deista Tindal habia ya publicado en 1706 *Los derechos de la Iglesia cristiana defendidos contra los papistas*; mas el clero anglicano descubrió al punto, que el autor, á pretexto de atacar á los católicos, echaba por tierra toda constitucion eclesiástica, toda disciplina, todo ministerio y toda autoridad; por consiguiente, el libro y la defensa que de él habia escrito el mismo Tindal, fueron condenados á las llamas en 24 de marzo de 1710. Al año siguiente, habiendo la cámara baja de la convencion trazado un cuadro de la religion y de

## MISIONES.

## § I.—Estado del cristianismo en el imperio otomano.

La Iglesia romana, madre y maestra de todas las iglesias, procuraba por todos medios la propagacion de la fé católica. Uno de los obstáculos que mas se oponian á su celo era la potencia otomana, que desde la destruccion del imperio griego no habia dejado de engrandecerse y desarrollarse en todos sentidos (1). Sucesivamente habia invadido todas las provincias de Asia y Europa, todas las ciudades marítimas de Levante, y la mayor parte de las islas que formaban el antiguo dominio de los soberanos de Constantinopla en los tiempos de su esplendor. No contentos con estas vastas posesiones, los emperadores turcos hacian esfuerzos increíbles para penetrar en lo interior de Europa por la Hungría, la Polonia y los demas países limítrofes de los que ellos ya dominaban. En el trascurso del siglo XVII pusieron en pié de guerra ejércitos formidables, y hasta hubo un tiempo en que, viéndose con probabilidades de apoderarse de la capital de Austria, lisongeáronse los sultanes con la próxima esperanza de imponer su férrea dominacion á toda la Alemania, y de hacer marchar mas adelante, aun hácia el Norte y hácia el Mediodia, sus huestes victoriosas. No menos atrevidas y enérgicas fueron las tentativas que hicieron para estender sus dominios por el lado del Asia. Las márgenes del Oxo, del Tigris y del Eufrates fueron testigos de sus triunfos, y faltó poco para que, despues de haber subyugado á Tauris y á Bagdad, sometiesen á su ley todas las regiones de Oriente que habian formado parte del vasto imperio de los califas. Bajo el reinado de estos príncipes, permaneció constantemente el cristianismo en un estado de opresion. El favor, el capricho, la intriga, y sobre todo, el dinero, era quien encumbraba ó derribaba á los patriarcas y á los obispos; cerraba ó abria las iglesias, y hacia admitir ó perseguir á los misioneros.

Las revoluciones del patriarcado de Constantinopla y de las otras elevadas prelacias fueron tan frecuentes, que los sábios que se han dedicado á desembrollar la historia de las

giras. Dícese que algunos jóvenes disolutos llegaron hasta el extremo de formar una sociedad, á la cual se ligaban por medio de juramentos espantosos, y á la cual daban el nombre de *Fuego del infierno*, como para mostrarse de las amenazas de la Religion. En vano un individuo de la cámara de los lores se quejó amargamente del desenfreno del ateísmo y de la inmoralidad: en vez de espedir una ley para reprimir aquel duplicado escándalo, la mayoría opinó que no debian ponerse semejantes trabas á la libertad del pensamiento. Los protectores con que el desenfreno contaba en la cámara alta, dando á la ironía el lugar debido á la gravedad, representaron como exagerados los temores de los hombres religiosos, y sostuvieron que la asociacion que motivaba sus quejas, no existia. Como quiera que sea, Jorge I mandó en 9 de mayo de 1724 que se tratara de descubrir y castigar las asambleas de los blasfemadores.

En Francia, las chispas que los escritos de Bayle y otros escépticos ó incrédulos habian arrojado sobre la sociedad no podian menos de producir un incendio inmenso: reservado estaba á Voltaire y á Montesquieu el preparar la desgracia de su patria en medio de la corrupcion de la regencia. Empero aun no es propio de este lugar el presentar el bosquejo de cuadro tan sombrío.

(1) Ducreux, Siglos cristianos, t. 8, pág. 295.



iglesias orientales no siempre han podido indicar de un modo fijo el orden de sucesion de los prelados, ni determinar el tiempo que cada uno ocupó su silla, porque en su mayor parte apenas hicieron mas que aparecer y eclipsarse. Apenas tomaban el gobierno de sus iglesias, cuando ya se veian espulsados y en un destierro; muchas veces volvian, pero tambien volvia á caer sobre ellos otra nueva deposicion, sucediendo esto en algunos hasta el número de cinco y seis veces seguidas: tampoco era cosa muy rara que despues de tantas alternativas tuviesen que ir á terminar sus dias en el fondo de un calabozo ó en el lazo del fatal cordón. Citaremos un ejemplo de estas persecuciones. Deo-Goumidas, sacerdote armenio, apreciado por su celo, habia renunciado el cisma, atrayéndose con este motivo la enemistad de sus paisanos no unidos á la Iglesia romana; y aun á instancias de estos mismos fué condenado á presidio, mas unos señores armenios le libertaron de esta pena mediante una gran cantidad de dinero. Deo-Joannes, patriarca de los cismáticos, ganó al gran visir, é hizo poner presos al patriarca católico Suri y á unos cuarenta armenios de la misma comunión. Varios de estos rescataron la vida con su debilidad; pero Deo-Goumidas se mantuvo inalterable en su fé. Habiendo sido presentada al divan, respondió con entereza al gran visir, y este le condenó á muerte. Condujéronle al suplicio juntamente con dos de sus compañeros, á quienes exortaba á la perseverancia: recitó sus oraciones, hizo profesion de fé, y el hacha del verdugo le cortó la cabeza en Constantinopla, el 5 de noviembre de 1707. Los católicos honraron su memoria, y la Iglesia de Oriente recogió respetuosamente su nombre.

Cuando vacaba una Silla, el obispo que debia ocuparla, era elegido por los demas prelados que al efecto se reunian; pero el nuevo pastor no podia ser consagrado ni tomar posesion de su iglesia, sino en virtud de un decreto del gran señor, que en este particular pretendia ejercer la autoridad que el emperador cristiano se arrogaba anteriormente. Este decreto costaba siempre dinero, pagándose por él mayor ó menor cantidad, con arreglo á las rentas de cada obispado, ó mas bien con arreglo á la idea que los empleados del sultán tenían de dichas rentas. Y no era este el solo

impuesto que pesaba sobre los obispos de la Iglesia griega, ya sea por órdenes del príncipe, ya por la avidez de sus ministros y bajos. Además del tributo anual que debian satisfacer al tesoro imperial, se les gravaba frecuentemente con nuevos impuestos, y por el menor retraso en el pago se les imponia la deposicion, el confinamiento, y algunas veces penas todavía mas graves. De modo que todas las rentas que los obispos sacaban del clero inferior ó de sus feligreses se empleaban en abrirse la puerta para el episcopado, ó en mantenerse en él, reservándose muy poco para sí mismos, pues su vida era frugal en extremo, y no tenían la menor idea del fausto ó magnificencia exterior.

Y en medio de esta inestabilidad, ¿cómo es posible pudiesen los pastores velar sobre su grey con aquella constante asiduidad, con aquel ilustrado esmero de que no pueden separarse sin faltar á los mas esenciales deberes de la dignidad pastoral? Contentábanse con desempeñar las funciones exteriores de su ministerio, y su gobierno se limitaba á mantener la observancia de ciertas reglas de disciplina que se hallaban ya establecidas y no habian cambiado desde los primeros siglos, pues los pueblos de Oriente son muy constantes en sus costumbres. Las máximas consagradas por la antigüedad van pasando de época en época sin alteracion, y para ellos son respetables en todos tiempos. De aquí es que las mudanzas de prelados que se elevan y caen de un dia para otro no producen cambio alguno en el orden público ni en los principios de la disciplina en la sociedad cristiana; porque el prelado que sucede á otro, se conduce, respecto de sus súbditos, por las leyes y máximas que siguió su antecesor. Bastaba, pues, para aquellos pastores conocer los cánones por los que la Iglesia griega se venia gobernando de antiguo; conocimiento que en verdad no exigia grandes estudios. Si á esto se añaden algunas esplicaciones del símbolo, algunas homilias de los Padres aprendidas de memoria, algunos argumentos contra la Iglesia romana sobre la procesion del Espíritu Santo, primacía de jurisdiccion del Papa, celibato eclesiástico, uso del pan ácimo en el sacrificio, y algunos otros puntos en que hay discrepancia entre los Orientales y Occidentales, se podrá

formar una completa idea de su ciencia teológica.

El clero de segundo orden estaba aun menos ilustrado. Como los monjes eran por lo regular los que ascendian á las prelacias, tenían por lo menos tiempo de aprender las cosas absolutamente necesarias para cumplir con las principales funciones del episcopado consagrando á su estudio los años que pasaban en la soledad; pero los eclesiásticos inferiores á quienes se confiaban las funciones menos importantes del ministerio, como que eran indistintamente tomados de todas las clases de la sociedad, no podian traer al sacerdocio mas que los pocos conocimientos que habian adquirido antes de ser elevados á él, sin estudios preparatorios: es decir, que nada mas sabian que el resto de los simples legos, sumidos todos en la ignorancia y ofuscados por la supersticion. Los *Papas*, que este es el nombre que se da á los sacerdotes griegos, nada tenían, pues, en cuanto á instruccion, que les distinguiera de los demas fieles. Aunque la Religión los colocaba en una clase honrosa y en una posicion respetable, no gozaban de ninguna consideracion personal, porque generalmente hablando eran muy viciosos y muy interesados. Hacian pagar lo mas caro posible el ejercicio de sus funciones, y se componian fácilmente con los que necesitaban de su ministerio. Como la supersticion era el vínculo mas poderoso con que el pueblo estaba unido á ellos y lo que principalmente les suministraba la exigua renta con que vivian, tenían buen cuidado de mantener en uso una infinidad de prácticas en su mayor parte ridiculas y hasta absurdas. Ellas formaban el tema obligado de sus palabras en público y en particular. Las historias mas inverosímiles, los prodigios de toda especie, las virtudes milagrosas atribuidas á los manantiales de alguna fuente, á las palabras de ciertas oraciones, etc., eran los recursos de que se valian para ir entreteniéndolo la credulidad del pueblo. Y como ellos mismos en fuerza de su ignorancia eran tan crédulos como el populacho, eran los primeros en creer todas las fabulas que contaban, sin que en este particular el interés propio pudiera hacer sospechosa su buena fé. Por otra parte, si los griegos modernos se parecen á los de los siglos remotos por la finura y su-

tileza de espíritu, no tienen menos semejanza con aquellos por su propension á admitir todo lo que parece maravilloso.

A pesar de la dependencia en que vivian y del continuo temor de perder su dignidad, no puede menos de decirse que los prelados poseian un cierto celo por los intereses de la fé. De ello dieron relevantes pruebas en el siglo XVII, con motivo de los errores del protestantismo, que el patriarca de Constantinopla, Cirilo Lucar, intentó introducir en Grecia. Alarmados con aquellas novedades, en las que no reconocian ni la doctrina actual de la Iglesia, ni la antigua creencia de sus padres, las proscribieron en varios concilios. Humillados y frecuentemente perseguidos por los turcos, no volvian los griegos en aquel siglo sus miradas, como en otro tiempo, hácia el Occidente, para unirse á la Iglesia romana y ser socorridos por ella. El cisma estaba definitivamente consumado, y las diversas tentativas que se habian hecho para terminarlo, lejos de producir el éxito que se creia, no habian servido mas que para acabarle de arraigar y ponerle el último sello. La mayoría de la nacion, el clero y el pueblo indistintamente, estaba tan altamente prevenida, y su tenacidad era tan profunda, que ya no quedaba ninguna esperanza de reconciliacion entre las dos Iglesias. Y este estado de cosas no ha cambiado despues; sigue el mismo desvío, la misma rivalidad, las mismas preocupaciones. Parece que el encono de los cismáticos, lejos de debilitarse con el tiempo, como por lo general acaece en todas las pasiones, se arrecea é inflama con el trascurso de los años. Llega hasta el extremo de que aun cuando los mahometanos les agobian con su opresion, aun así son menos odiosos á sus ojos que los latinos; de manera que aun hoy dia los griegos son los mayores enemigos que los misioneros católicos encuentran en todas las regiones de Oriente.

Antes del establecimiento de la congregacion de la Propaganda por Gregorio XV en 1622, varias órdenes religiosas enviaron misioneros á los países de la dominacion otomana para trabajar en la conversion de los infieles y en la reunion de los cismáticos. Solo el celo de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas era quien habia inspirado este designio á los que acometieron tan generosa empresa, la cual se